

## DR. JORGE LE-ROY Y CASSÁ

Por el Dr. Raimundo de Castro y Bachiller<sup>1</sup>

Hablar a menudo de hombres tenaces, trabajadores incansables por el beneficio de su patria, a quien dan su talento, sus virtudes, sus desvelos, sus estudios, sus investigaciones acuciosas en el pasado para traer a la actualidad las grandes figuras que nos han precedido, enaltecíéndolas y elevándolas y dando al mismo tiempo empuje vigoroso, personal, a las ciencias patrias en los días que vivieron, honra siempre; y si a esto unimos que una amistad sincera y un agradecimiento a sus enseñanzas nos ligaron a ellos, no debe extrañar que sea para mí otro de los honores que se me han conferido el hablar de Jorge Le-Roy en este certamen.

Jorge Eduardo Le-Roy y Cassá nació el 30 de septiembre de 1867 en la calle del Prado, hoy Paseo de Martí, número 70 en esta ciudad de la Habana, hijo de un distinguido médico, Licenciado Luis Le-Roy, y de una dama de abolengo, Francisca Cassá que como su esposo era de origen francés por ambas ramas, ya que el apellido Rouvier además les era común en su consanguinidad. Aquel hogar feliz en que vino al mundo, en que las riquezas, el amor, una clientela selecta y un nombre distinguido en la Medicina, hacían esperar tranquila, apacible niñez y adolescencia a aquel recién nacido y una esmerada educación, el destino había de querer que trece años después madre, padre y el hermano mayor Alberto que concluía su carrera de Medicina desaparecieran. Quedó pues al cuidado de dos hermanas mayores, pero muy jóvenes, haciendo que un día angustioso y triste Don Lorenzo Mestres, Director entonces del Colegio de «San Carlos» después «Gran Antilla», recibiera la visita de una jovencita llorosa que venía a quitar a su pequeño hermano Jorge del colegio pues no contaba con los medios para esta atención. Por suerte encontró ella en ese hombre un corazón generoso y que había sabido vislumbrar todas las posibilidades intelectuales de aquel niño, y gratis lo tuvo allí a medio pupilo

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el Ateneo de La Habana, el 11 de diciembre de 1951 en la serie «Cabrera Saavedra y sus contemporáneos».

hasta que Bachiller en Artes con notas de Sobresaliente lo dirigió a la Universidad de la Habana a estudiar Medicina siguiendo la tradición familiar.

Corría el año de 1882 y gracias a su tío Salvador Elizalde y Giraud matricula su primer año de la carrera de medicina; por sus notas de sobresaliente y premios logra hacer la carrera gratuitamente. Graduóse de Licenciado en Medicina y Cirugía con nota de Sobresaliente el 22 de septiembre de 1888 y de doctor en la misma Facultad con idéntica nota de Sobresaliente el 18 de noviembre de 1890, haciendo su solemne investidura de este grado de doctor como se usaba en la época, en el Aula Magna de la Universidad, entonces en la calle O'Reilly entre Mercaderes y San Ignacio el 23 de abril de 1892 presididos por el Rector Dr. Joaquín F. Lastres y la tesis que sostuvo se tituló: «Vómitos incoercibles de las mujeres embarazadas».

Gracias a su propio tío Elizalde que residía en París es llamado en compañía de sus dos hermanas a la Ciudad Luz, entonces todavía Meca de los estudios médicos, para completarlos allí tan brillantemente como había sido su paso por nuestra Universidad. Dos años en París siguiendo cursos con los profesores Latteux y Straus en Microscopía Clínica, Histología y Bacteriología; con Dieulafoy y Debove en Medicina Interna; con Brouardel y Vibert en Medicina Legal; con Albarrán en Urología y con Pozzsi en Ginecología, llegando a trabajar con este Maestro directamente en sus grandes operaciones y sobre todo con Pinard y Budin en Obstetricia, que fue uno de sus amores. De este modo, perfectamente preparado a usanza de la época en toda la Medicina, retornó a la Habana para comenzar su ejercicio profesional.

Sesenta y seis años vivió Le-Roy que empleó en un trabajo tesorero, brillante, alcanzando no sólo un nombre en la Medicina Cubana y enalteciendo a la Patria con sus conocimientos médicos, sino que hurgó en el pasado para traer a nuestros días nombres ilustres, algunos de los cuales habían sido injustamente olvidados, y por su afición a la historia nos ha dejado conocimientos de hombres e instituciones que constituyeron época en nuestros anales. Esa historia de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, y quizás su obra cumbre, la «Historia del Hospital de Paula y de sus Patronos», en tres libros, que manos filiales y amorosas en la persona de Luis Felipe Le-Roy, ya hoy un hombre de ciencias notable, entregará dentro de poco para su publicación y en que por tratarse de uno de nuestros más viejos hospitales y haber desfilarado por él casi todos nuestros grandes médicos del pasado, y muchos de nuestros hombres públicos en sus Juntas de Patronos, es una parte interesantísima de la historia patria de aquellos días que asombran y nos enorgullece, en que no se comprende cómo se formaron y brillaron aquellos patricios insignes cuando en derredor de ellos sólo había oscurantismo, igno-

rancia supina, desprecio y despotismo, de parte de autoridades, que creían que envileciendo al pueblo y mirando y tratando con suspicacia a todo aquel que quería engrandecer al país, no perdería este gran florón la Corona de España. Sin que dejemos de reconocer que hubo, como siempre en toda regla, sus excepciones: Don Luis de las Casas, el Obispo Espada y algunos otros.

Jorge Le-Roy, que brilló en todas nuestras grandes instituciones, la Academia de Ciencias, la Sociedad Económica, la Universidad de la Habana, la Sociedad de Estudios Clínicos, la Sociedad Geográfica, el Ateneo y en todas aquellas que la cultura fuera su patrimonio, fue un fecundo escritor. Su obra, toda, recogida por él mismo en 18 volúmenes gruesos con más de 800 trabajos, de los que el último su consecuente hijo y admirador Luis Felipe concluyó como fue su voluntad, al ver que no podía hacerlo él, ha sido donada generosamente por sus tres hijos, Georgina, Mario y Luis Felipe a la Academia de Ciencias para servicio valiosísimo de su biblioteca que la ha recibido con unción y que guarda como uno de sus grandes tesoros a la memoria inolvidable de su gran Secretario. Entre esos escritos hay bellas páginas, sin concluir desgraciadamente, de la Historia de la Obstetricia en Cuba; de la Historia de la Medicina en Cuba; Vida de Finlay; Biografía de Juan Guiteras; la historia de nuestro Departamento de Sanidad (Estadísticas) que tanto nos honra y que el día que se escriba la historia de nuestra Sanidad habrá que hurgar en sus acuciosos y hermosos trabajos.

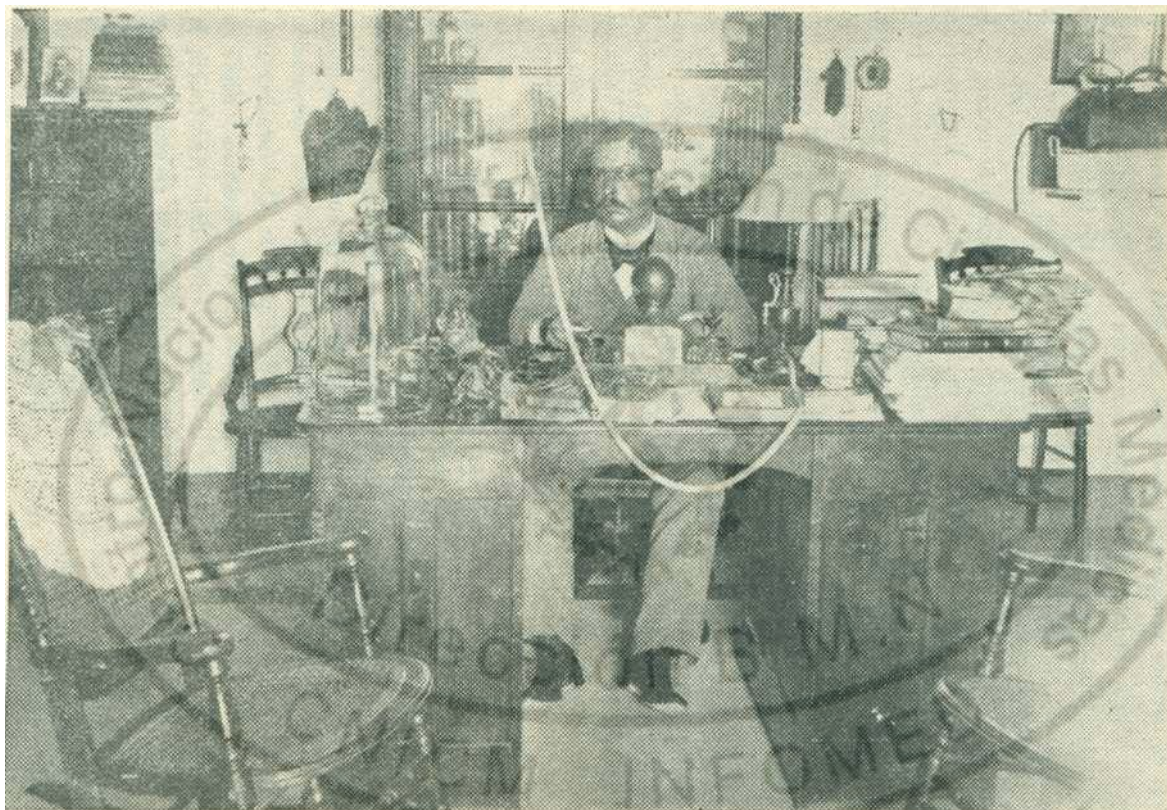
Esta vida tan útil al amor de los suyos, a la Medicina, a la Patria y a las instituciones a que perteneció, en alguno de cuyos puestos el destino me ha hecho sustituirlo, como en la Cátedra que profeso y en la Secretaría de la Academia y que me esfuerzo hasta donde puedo en imitarlo, por la maestría con que los desempeñó, se derrumbó un día inesperadamente cuando su mente todavía luminosa hacía esperar tan hermosos frutos, vencido por ese flagelo que azota a la humanidad ocultándonos misteriosa e incomprensiblemente sus causas y su tratamiento, cuando tanto hemos avanzado en la Medicina en todas sus ramas (el cáncer). Confortado por la religión de que era fervoroso creyente, estoicamente ocultando sus sufrimientos a los suyos, que tanto amó, y resignado con el mandato divino, entregó su alma al Creador al anochecer del 22 de febrero de 1934 en su casa del Vedado, calle B No. 249 en esta ciudad de La Habana.

No quiero terminar sin hacer resaltar las tres ramas de la Medicina en las que sobresalió, y en los puestos administrativos que en la Academia y en la Sanidad le dieron nombre y prestigio especialísimo, sobre su ya sobresaliente figura de hombre de ciencia y de historiador que acabamos de ver: la Obstetricia, la Medicina Legal y la Sanidad Pública.

La Obstetricia fue, a mi juicio, quizás, el amor de sus amores, y en ella dio todo el entusiasmo de sus años mozos. Muy joven, en sus primeros años de estudiante, entró en el Hospital de Paula como oficinista y practicante primero, como interno y después como médico de visita hasta su muerte, (¡le dió 50 años de su vida!), y este hospital sabemos que fue la clínica obstétrica y ginecológica de nuestra Facultad de Medicina hasta la República. Grandes oportunidades tuvo para aprenderla allí, en que si es verdad que en su época de estudiante faltaban medios materiales por la escasez de dinero y de conocimientos de asepsia; en que se hacían los tactos con el mismo aceite de las lamparitas de mariposas con que se alumbraban en las noches, y era a menudo el catre la mesa operatoria, como dijo un día en frase galana y acertada el príncipe de la Obstetricia en Cuba, como se le llamó con justicia a Alberto Sánchez de Bustamante y Sirvén, «allí donde no había medios sobraba maestro» refiriéndose a Serapio Arteaga, y éste, y después don Gabriel Casuso y Roque, otro gran maestro fueron sus iniciadores en esta especialidad. En París más tarde al lado de Budm y de Pinard, maestros también de renombre universal completaron su preparación. En la «Maison Charrière Collin» de París se hizo fabricar un fórceps modelo Jorge Le-Roy que fue una modificación del de Elliot en su mango y de los de Pajot y Tarnier en sus cucharas desmontables y aplicables en el estrecho superior e inferior; recordemos que en aquella época era el fórceps el principal y más importante instrumento del partero.

Con este bagaje vuelve a Cuba y en el Hospital de Paula y en su Clientela privada adquiere un nombre, y en tres notables operaciones realiza por ruptura uterina la primera operación de Porro entre nosotros, por lo cual dijo un día el Profesor Alberto Bustamante que debían fijarse en la historia de la Obstetricia en Cuba dos fechas, 30 de agosto de 1895, en que los doctores Casariego y Núñez practican la primera sinfisiotomía en Cuba, y el 10 de agosto de 1900, en que los doctores Le-Roy y Aragón hacen la primera operación de Porro. Un día por misterios de la vida deja su Obstetricia querida y se encierra en sus gabinetes de trabajo de la Academia y de la Sanidad, para consagrarles todo su tiempo y adquirir un nombre que las generaciones siguientes han de admirar también.

En la Facultad de Medicina de 1888 a 1898 lo vemos figurar como profesor supernumerario, como se llamaba a los auxiliares de varios grupos de asignaturas. En ella enseñó Histología y Anatomía Patológica, Enfermedades de la Infancia, y sobre todo la Obstetricia y Medicina Legal y Toxicología, que fueron las de su predilección. No teniendo esta última laboratorios en la Escuela de Medicina llevaba a sus alumnos a ese gran Centro



Jorge Le-Roy y Cassá en su consulta de San Ignacio 140-A altos, esquina a Paula, hacia 1894. Contaba entonces 27 años y era médico cirujano del antiguo Hospital de Paula, y catedrático auxiliar supernumerario de la Facultad de Medicina de la Universidad de la Habana.

de enseñanza, el «Laboratorio Histo-Bacteriológico» que fundó entre nosotros el hombre generoso y grande que se llamó Juan Santos Fernández.

Con la primera intervención americana entra al fundarse el Departamento de Sanidad con aquellos otros cubanos que juntos y bajo la égida de nuestro gran Finlay se cubrieron de gloria y dieron a Cuba un nombre en la Sanidad internacional: Guiteras, Agramonte, Barnet, Lebreo, López del Valle, Albertini, Hugo Roberts. Allí actúa primero como Secretario de la «Comisión de Fiebre Amarilla», más tarde «Comisión de Enfermedades Infecciosas», después como Jefe de Estadística, más tarde denominada Jefatura de Demografía Sanitaria Nacional, puesto que ocupa hasta su muerte. Entre nosotros su nombre sustituye a aquel gran médico que se llamó Ambrosio González del Valle, que nos legó sus «Tablas Obituarias». Sus conocimientos de Demografía Sanitaria le dan un nombre internacional y trabaja en «La Liga de las Naciones», en que su palabra autorizada es oída; interviene de modo prominente en el uso del Bertillon entre nosotros, lo traduce en su nueva aparición cada diez años de 1909 a 1930. Sin abandonar su jefatura de Demografía es Jefe de Biblioteca y Prensa en Sanidad y Director de su Boletín Oficial, y se consagra por entero, como hacía en todas sus labores, cuando la epidemia de Influenza de 1919 atendiendo una sala de estos enfermos en el Hospital «Calixto García» para seguir sirviendo a su Sanidad.

¿Y qué decir ahora de su consagración y de su obra como Secretario de la Academia de Ciencias que no me hayais oído repetir una y mil veces por escrito y de palabra? Por ésa, su admirada y valiosa labor que sólo puedo comparar con la de don Ramón Zambrana como Secretario fundador, la de Antonio Mestre como Secretario constructor de la novel institución y la suya como Secretario que consolidó definitivamente esta Corporación que es uno de los orgullos de nuestra cultura patria. ¿Qué admirar más entre sus actividades? Sus libros de actas, sus archivos ordenados desde su fundación, su índice de tarjetas de la bibliografía de cada Académico, la Biblioteca de literatura médica de autores cubanos por él conservada y ordenada, las colecciones valiosísimas de Revistas Médicas Cubanas desde el primer número, la colección de cuadros al óleo de los Secretarios todos que han sido de la Academia, todo el mobiliario de los archivos de Secretaría, la conservación en el Museo de la mesa presidencial cuando su fundación, la tribuna desde donde anunció Finlay al mundo su descubrimiento trascendental, su defensa, como Mestre, de la Institución cuando el torbellino de las revoluciones políticas estremecieron al país.

A qué seguir, si todo allí es obra suya en más de un cuarto de siglo en que la sirvió prestigiándola y dignificándola, de 1907 a 1934 en que murió (exceptuando los años de 1920 y 1921). La Academia lo hizo prácticamente su Secretario Perpetuo; Académico de Mérito, el más alto galardón de la Corporación; y a su muerte allí expuso su cadáver; de allí partió su entierro tras guardias de honor repetidas por los miembros y empleados que así lo solicitaron; hizo una sesión necrológica severa y digna de su actuación. Pero con todo esto la Academia no ha podido pagarle su obra; y las generaciones que en la casa lo sucedan, cuando se hable de Secretarios habrá que mencionar los nombres de Zambrana, Mestre y Le-Roy, sin desmerecer a los restantes antes del que habla, porque todos fueron prestigiosos y dignos en su puesto.

Señores, y como si todo este laborar incesante por la patria y su cultura no fuera suficiente, trabajando día tras día de 8 a 1 de la tarde en Sanidad, de 3 a 8 de la noche en la Academia y de noche sacrificando los placeres del hogar de que era tan devoto con su compañera inseparable y abnegada (María Gálvez, ya desaparecida) y sus tres hijos que lo han seguido en la intelectualidad: Georgina, Doctora en Derecho Público; Mario, Doctor en Derecho Civil, siguiendo sus tradiciones en la Sanidad, Secretario del Instituto Finlay; y Luis Felipe, Profesor de Química de la Facultad de Ciencias de nuestra Universidad de la Habana, y como él ya consagrado escritor científico y hurgador en la historia de nuestra patria; si toda esta labor, repito, no fuera suficiente, la emprende en lo que creyó un deber, defender y reivindicar a Carlos J. Finlay, nuestro sabio, contra los que han querido arrebatárle la gloria de su descubrimiento, desde el día que inclinado ante el sarcófago del que él llamaba su tutor hubo de decirle a Claudio Delgado: «Doctor Ud. tiene el deber, ya que fue su compañero de trabajo, de hacer que el mundo acabe de dar al sabio entre los sabios, su verdadero puesto, reivindicándolo de los que tratan de arrebatárle su gloria»; y Claudio Delgado le contestó, «ya yo aunque vivo he muerto para la medicina, a Ud. que como discípulo amoroso lo ha servido a su lado entrego esta misión»; y Le-Roy recogiendo aquella bandera hermosa que se le entregaba no cesó un día, desde entonces, de usar su pluma acerada, pero siempre noble, para flagelar y destruir a los que pretendían tergiversar los hechos, con profusión de datos, de citas históricas y entre ellos sobresalió el trabajo titulado '«Otra omisión de Finlay. ¿Ignorancia o mala fé?», de 23 de mayo de 1930, que es, como ha llamado el Dr. Presno, «el más formidable alegato en su defensa». Para esta defensa quiso aprovechar la fecha del centenario del nacimiento de Finlay y coronar su obra, y constituyó un Comité Pro-Cente

nario de Finlay, del cual fue su Secretario y su alma desde el 16 de Febrero del año 1928; y con sus dotes de organizador maravilloso y su tesonera labor pudo conmover al mundo, logrando con la ayuda de Horacio Abascal que se estableciera el día de la Medicina Americana el 3 de diciembre, día del natalicio de Finlay; y que Francia, México, Ecuador, Brasil, Guatemala, Colombia, Costa Rica, Uruguay, Estados Unidos de América, España, en el día del centenario hicieran fiestas grandes y enaltecedoras a la memoria de Carlos Finlay.

El destino fue cruel con él. El día 3 de diciembre de 1933 en la Academia de Ciencias de la Habana se celebró apoteósicamente el Centenario, y participaron de este acontecimiento todas las sociedades culturales de la Habana; Le-Roy moribundo no pudo concurrir, y Horacio Abascal, Secretario adjunto del Comité por él fundado, y que había organizado, tuvo que leer la Memoria, extrayéndola de los apuntes redactados por aquél en su lecho de muerte.

Este hombre que recibió las más altas condecoraciones de su país y del extranjero, aunque las agradeció profundamente, no perturbaron su espíritu, ya que él pensaba que su trabajo era su deber. Por ello he citado ya una vez estos versos de *Rudyard Kipling*, que me vais a permitir repetir aquí epilogando esta disertación, y que a mi juicio describen mejor que nada sus actividades en la tierra:

*Y nadie trabajará por dinero,  
y nadie trabajará por la fama;  
sino que cada uno por la alegría del trabajo;  
Y cada uno, en su estrella individual,  
pintará las cosas como las percibe,  
y como se ha dispuesto que sean.*